

cucharadas de luna

# "CRÓNICA DEL ABURRIMIENTO" Y OTROS CUENTOS

Mauricio Miranda

Mauricio Miranda nació en León, en 1974. Publicó en 2007 el libro *No morirás del todo*, edición del Instituto Cultural de León; en el año 2004 el libro *La mujer abeja* de Ediciones Media Luna. Ha recibido menciones honoríficas en los concursos: Literatura de León y el Severiano Ocegueda Peña. Aparece en las antologías *Una cierta alegría de no saber a dónde vamos*, publicada en 2009, y *Palabras Germinales*, en 2005. Fue becario del Instituto Estatal de la Cultura del Estado de Guanajuato en el año 2000 y en 2003. Coordinador del Taller de Creación Literaria de la Ibero León 2006-2008. Obtuvo el grado de doctor en educación con la tesis: "La creación literaria en una comunidad virtual", publicado como libro digital en la colección Difusión de la Investigación.

## CRÓNICA DEL ABURRIMIENTO

Mi papá dice que la naturaleza es muy sabia porque su mamá está a punto de morir. Hace muchos años mi abuela dejó de escuchar bien, nunca quiso usar el aparato para el oído, porque eran cosas de ancianos, y terminó por evitar las conversaciones. Un día se cayó en el patio, se rompió la cadera y ya no pudo caminar. Desde entonces se la pasa en la sala viendo las noticias y las novelas.

A mí me encantaría quedarme todo el tiempo frente a la televisión sin que nadie me molestara. Mi papá, sin embargo, afirma que mi abuela se siente sola y que es muy importante visitarla. Pienso que mi abuela tiene que estar loca para no disfrutar de estas vacaciones sin fin, pero no le llevo la contra a mi papá, al fin y al cabo casi nunca vamos con la abuela.

Mi papá le platica a mi mamá, mientras comemos, lo importante que es que la abuela ya no se divierta, gracias a ello acepta poco a poco su destino final. Mi mamá dice que no es un tema adecuado para mí. Mi papá voltea a verme, guarda silencio por un momento y le gana el deseo de exponer sus ideas:

- Fíjate, mi mamá no escucha, no camina y a veces ni me reconoce. Todos estos detalles podrían parecer negativos, pero no, son una preparación, sería terrible que la muerte se le acercara estando ella en sus cinco sentidos. Qué sabia es la naturaleza.

Sesenta años después de que mi abuela muriera y mi mamá nos abandonara, mi papá comenzó a perder la audición. Él me dijo hoy por la mañana que quizá mi mamá se había muerto. Sacó esa conclusión porque soñó con ella, traía puesto un vestido de boda gris, estaba muy seria y su rostro era el que tenía de joven; al parecer vino a pedirle perdón por dejarlo, pero cuando me iba a contar a detalle lo que le dijo mi mamá, se quedó callado y puso cara de confusión. Yo nunca recuerdo los sueños, pero según esto a él nunca se le olvida nada; no sé si lo que dice es cierto o si comienza a tener fantasías por su edad.

Mi papá dejó de hablar. Después de aquella vez que soñó con mi mamá, empecé a notar cómo con los años se le revolvían cada vez más las ideas y las palabras. Aparentaba escucharme, pero no oía bien, le preguntaba a gritos, por ejemplo: “¿Dónde dejaste la dentadura?” y me respondía: “sí, está muy bien”.

Se volvió muy complejo platicar y por eso pasábamos horas frente al televisor. Luego decidí apagarlo cuando la pensión que le daban no alcanzó para el servicio de cable. Era menos aburrido observar el deterioro de mi papá que ser bombardeado por miles de anuncios de productos que no podía comprar. Él a veces intentaba prender la tele enojado, pero todo era cuestión de sujetarle las muñecas por unos segundos y su cuerpo se aflojaba, como si se le olvidara lo que quería y desorientado se regresaba al sillón.

De tanto verlo de repente noté algo extraño. Arriba de su cabeza se formaron unas estelas de humo, que poco a poco se fueron condensando hasta formar una mano de calavera, era translúcida

y al parecer le acariciaba el cabello a mi papá. Los dedos índice y anular se sumergieron en el cráneo y le extrajeron algunas palabras y luego la mano se desvaneció.

“Come” dijo él con su voz pujante, cuando hace algunos años decía: “dame de comer” o algo así. Por curiosidad dejé pasar algunas horas, en espera de una nueva aparición. Después me dio mucha hambre, así que fui a la cocina a preparar dos sopas de microondas, una para mí y otra para él.

En los días siguientes no pasó nada fuera de lo común, hasta que me miró con un rostro que irradiaba felicidad, seguramente se había acordado de algo. “¿Sabes?” me dijo, y fue cuando volví a ver la mano. El índice se alargó hasta sumergirse en la coronilla de mi papá y comenzó a girar, como dándole vueltas a una sopa de fideos. Él apretó su cara para retener el recuerdo, pero a los pocos segundos su rostro se deformó de confusión y comenzó a llorar quedito. Me fijé y además de la mano se veía el brazo y todo el esqueleto. Supuse que era la Muerte. Ella se percató de mi presencia y volteó a verme con sus ojos vacíos, luego se hizo cada vez más transparente y desapareció.

Mi papá aún lloraba. Recordé un programa de cuando teníamos televisión por cable, que trataba de cómo los depredadores juegan con su presa antes de quitarle la vida. En un pueblo de Estados Unidos, untan un cerdo con grasa y juegan a atraparlo dentro de un corral. El público aplaude cada vez que el cerdo aturdido logra escapar y se ríen de los cazadores que terminan llenos de lodo y de grasa. Al final se hace una fiesta donde el cerdo es el platillo principal.

Pensé que mi idea no tenía sentido, la Muerte no podía comportarse como un depredador con tantas personas que había que matar por segundo. Era ilógico que la Muerte perdiera tanto tiempo con un anciano, pero obtuve la confirmación de mis sospechas cuando la vecina vino a ver a mi papá.

Siempre, cuando abro la puerta, me quedo parado ahí para impedir la entrada, en parte porque no me gustan las visitas y en parte porque me da vergüenza el olor y el desorden que hay. La vecina platicó conmigo más de una hora y yo pensé, después de ese tiempo, que se hubiera ido antes de haberla dejado entrar, así es que le dije “pásele, por favor”.

Él sonrió al verla. La vecina le dijo “¿cómo estás?” y él volvió a sonreír. La vecina le preguntó que si se acordaba quién era ella, pero antes de eso vi cómo la Muerte había metido sus dedos de huesos en los oídos de mi papá, así que no pudo oír y no le quedó más remedio que sonreír por tercera vez.

La vecina le agarró el brazo, me dijo que lo veía muy mal, que había que esperar lo peor. Esta vez la Muerte no le había tapado los oídos. Mi papá se agachó y se puso a llorar. Ella se retorció de risa en el piso y la vecina me dijo “nos vemos después”.

En cuanto cerré la puerta sentí mucho coraje y le dije que no llorara, pero la Muerte no lo dejó oír. Mi papá me miró y yo intenté decirle dos o tres cosas más, pero los dedos llegaban antes que mis palabras a sus oídos. Me cansé y prendí otra vez la tele. Desde entonces ni siquiera intento hablarle, es triste, pero no tenía sentido mi esfuerzo y por eso lo abandoné en las manos de la Muerte.

# GALLO QUE NO CANTA

I

Mi hermana Griselda se fue quedando chiquita. Sus demás amigas de la escuela se estiraban y crecían sus caras, sus pies y, en algunos casos, sus pechos, pero mi hermana era cada vez más pequeña. A los diez años aún se vestía con la ropa de talla tres, que luego le dejaba de quedar porque con el uso las prendas se hacían grandes.

El problema era mi mamá, pues le gustaba ir a las reuniones y las fiestas, pero no acompañada por un fenómeno de circo, como le había dicho a mi papá un día que Griselda y yo nos ocultamos para escuchar de qué platicaban.

Griselda era muy buena para esconderse, cabía hasta en un cajón, siempre ganaba en ese juego, pero no le sirvió de nada. Poco a poco se le acabaron las ganas de reír y de jugar. Mis papás tampoco se escondían ya de nosotros cuando peleaban; ninguno de los dos quería cuidarnos; él, porque estaba cansado del trabajo y ella, de tener que estar viendo siempre a Griselda, que al ser tan pequeña se escurría por cualquier resquicio. Mi mamá decía que hasta en sus sueños se la encontraba.

Durante algunos días todo fue felicidad porque el doctor le recetó a mi hermana la hormona de crecimiento. En poco tiempo ella evadiría la mirada morbosa de los que pasaban, mi mamá iba a ser una mamá feliz y mi papá al fin descansaría. La hormona era cara, pero teníamos un terreno que se remató para comprar el tratamiento. El doctor sugirió que adquirieran lo de dos semanas, pero mi papá dijo que lo mejor era solicitar lo de dos años de una vez, para que no se fuera a gastar el dinero en otra cosa y por eso tuvieron que comprar otro refrigerador para guardar el medicamento. Dejaron que Griselda —así le dijeron durante esos días— los acompañara a la farmacia e incluso le compraron un dulce.

Esa noche fue la última en que hicimos bromas y reímos, como hacía años no pasaba, como en esas fotos de revista en donde se ve una familia que se divierte en un jardín, todos vestidos con ropa blanca, sin zapatos y con grandes sonrisas. Pero muy tempranito volvió la realidad de siempre. Griselda fue al baño y desde ahí nos despertó con sus gritos de:

— ¡Mamá, mamá!— alargando mucho y de manera muy aguda la última “a”.

Griselda le enseñó sus diminutas manos llenas de sangre.

—Niña estúpida— le dijo mi mamá y regresó a su cuarto seguida de mi papá. Después supe que el enojo fue porque una vez que comienza la menstruación ya no se puede inyectar la hormona. En aquel momento me tocó explicarle a Griselda qué le estaba pasando porque, al parecer por chiquita, no le habían platicado de eso.

## II

Federico tenía dieciséis años, yo cuatro menos que él y éramos amigos. Él lavaba coches por mi rumbo; no muchos, porque más bien se la pasaba platicando conmigo. Un día llegó con un pollo medio desplumado y me explicó que era un gallo de pelea. Le ató una pata con un cordón y el otro extremo lo sujetó a un árbol, como si se fuera a escapar. Pero el pobre pollo apenas si podía caminar, tenía la mirada extraviada y la boca abierta, como un viejito hospitalizado. Le dije “amárralo bien” y me reí, pensando que no fuera a ser que el pollo arrancara el árbol y, al arrastrarlo con las raíces llenas de tierra, ensuciara los dos coches que acababa de lavar. En eso llegó Rubén, otro amigo que hacía la limpieza en un gimnasio.

Platicamos horas y horas sobre el pollo, Federico nos comentó que quien se lo vendió le dijo que el aspecto no importaba, que con una buena alimentación podría desarrollar una fuerza descomunal. De una patada mataría a cualquier gallo que le pusieran enfrente. Federico había estado una vez en las peleas de gallos y vio cuando a un señor gordo y de sombrero le dieron, por haber ganado, una pila de billetes así y separó sus manos abiertas como treinta centímetros.

—¡Imagínense un gallo de patada mortífera, que gane una tras otra las doce peleas que hay en la feria!

Yo hice la multiplicación y resultaba una torre de billetes de casi cuatro metros de altura. El problema era que Federico no tenía dinero para el alimento fortificado por la falta de chamba. Rubén, entusiasmado, dijo que a lo mejor funcionaba el polvo que usaban en el gimnasio; él había visto la manera en que chavitos que eran puro hueso, se transformaban en güeyes súper musculosos. Y cumplió, porque al otro día llegó con un bote negro, lo sacó de su mochila y dijo “miren pendejos”. Nosotros vimos al señor que estaba en la etiqueta, no le cabía ni un músculo más en ninguna parte, hasta los párpados los tenía más gruesos de lo normal, seguro que cuando los cerraba sonaba pas, como mordida de cocodrilo.

—Si así queda el gallo, ese dinero es nuestro —les dije y los tres la chocamos.

Al día siguiente Federico nos platicó que había revuelto el polvo con sobras de comida, pero que el pollo no quiso tragar. Rubén y yo hicimos “uuuu” pero él nos interrumpió.

—Esperen, esperen. Después de una hora me enojé y que le agarro la cabeza y se la hundo en el alimento. “¡Come, cabrón!”, le dije. El pollo empezó a respirar raro, como si se estuviera ahogando. Por eso decidí mejor irme a dormir, “come si quieres”, pensé, pero en la mañana no estaba ni el plato.

—Guau —dije, y Rubén preguntó:

—¿Se comió el plato?

Federico se rio y contestó:

—No, luego encontré el plato arrumbado por allá, pero sí estaba un poco roto. Como que le dio una mordida, como que tiene un chorro de fuerza—. Los tres la chocamos con mucha emoción.

Otro día me acordé y les dije:

—Oigan, oigan, ya sé que más le podemos hacer, hay que inyectarle hormona de crecimiento, tengo un refrigerador lleno de esa madre.

Federico alegó que con las hormonas se volvían jotos, pero le expliqué que no era una hormona sexual y Rubén dijo que también la usaban en el gimnasio, que eso mejoraba cañón los resultados. Me pareció entonces una suerte que en la farmacia no aceptaran devoluciones y que en un acceso de coraje mi mamá no hubiera desconectado el refrigerador. Entré a la cocina y abrí despacio la puerta blanca para que no me fueran a escuchar. Salió el humo frío y aparecieron ante mí las ciento y tantas cajas ordenadas como lingotes de oro. Saqué algunas y se las llevé a Federico, le expliqué que tenían que estar en el refrigerador y dijo “sí, sí”, y las metió en la parte de atrás de su bicicleta.

—No, no puedes dejarlas en el sol —le grité, y puso su bicicleta en la sombra.

Día con día Federico nos contaba los avances del gallo: que pesaba como 5 kilos, que el otro día había roto la puerta del gallinero, que le estaba enseñando a pelear con espolones de entrenamiento que eran como unos mini guantes de box y otras cosas. De nosotros salió que mejor no lo sacara para que no le fuera a pasar algo. Nunca lo habíamos visto porque Federico vivía en un ranchito que estaba después de la ciudad, a donde no llegaba ni el camión.

Cuando teníamos algo de dinero se lo dábamos a Federico para completar lo del alimento, porque éramos socios. Yo le daba la hormona y Rubén el polvo cada que se robaba un bote del gimnasio. Federico también empezó a desarrollar músculos y Rubén lo acusó de comerse el polvo. Yo dije “¿cómo crees?”, pero Rubén insistía. Después de mucho rato Federico aceptó que también se tomaba sus licuados, pero que era porque necesitaba aparentar ser más grande para que lo dejaran entrar a las peleas de gallos. A mí me pareció razonable y Rubén también aceptó. Le di mi celular para que tomara un video del gallo y nos lo trajera. Federico se fue y no volvió por más de un mes.

### III

Rubén también dejó de ir. El dueño del gimnasio vino a buscarlo, pero yo no sabía nada. Me preguntó por los botes de anabólicos, pero pues yo no sabía. Me levantó de la camiseta y me dijo que Rubén se juntaba conmigo, que me iba a echar a la judicial. Mis pies volaban a veinte o treinta centímetros del suelo y no contesté nada. Me aventó y se fue muy enojado. Yo caí de nalgas y me dolió tanto que no sabía si llorar o reír. A los pocos minutos apareció otra vez Federico, estaba completamente desaliñado y no traía ni gorra ni bicicleta. Quiso saludarme como si nada hubiera pasado, pero yo le pregunté por mi celular.

—Se me cayó, güey —me explicó—. Me lo metí en la bolsa de atrás, tú viste, y el pinche celular se salió. Se rompió todo, pero eso qué, el gallo va poca madre. Ya no come semillitas chiquitas, le tengo que dar semillas grandes, de aguacate y así.

Ahí yo me volví a entusiasmar y hasta la choqué con él.

—¿Neta?, —le pregunté.

—No sabes, me llega hasta aquí —e hizo como si estuviera saludando a la bandera—. Parece perro de pelea, de esos que tienen cara de plátano. Hasta a mí me da miedo.

Yo estaba más que impresionado. Parecía falso, pero tenía evidencia para creerle. Griselda se había quedado súper pequeña por la falta de hormona y con ella hubiera crecido al menos un metro más, un metro era lo que medía el gallo. Todo cuadraba.

—Pero ¿por qué te ves así? —le pregunté y me dijo que había estado de la fregada, que había tenido que construir un gallinero más grande y resistente, pero no había pedo, él pagaba eso, para algo éramos socios. Tenía varios días sin dormir porque el gallo se levantaba a la una y gritaba.

—Cacaraquea —corregí, pero él continuó:

—Grita de la puritita chingada, más fuerte que un caballo ¿has oído un caballo aquí en la oreja?

—No, —le contesté—. Oye, está a punto de empezar la feria ¿no?

—Por eso vengo, necesito pagar la camioneta para trasladar al gallo.

Me quedé pensando.

—¡Lo tengo! —le dije, porque recordé la colección de monedas que le regalaron a Griselda cuando aún no sabían de su problema. Era su tesoro máspreciado, pero si todo salía como parecía que iba a salir, le podría comprar varias colecciones. Le llevé las monedas a Federico y la chocamos súper fuerte.

—Ya la hicimos —dije—, y la volvimos a chocar.

Federico volvió a los dos días sin dinero y con una fotocopia. Había llegado a la feria y “¿qué crees que pasó?” me preguntó, y me contó que varios de ahí se impresionaron al ver al gallo, pero un señor gordo y de sombrero le dijo que ese gallo no podía participar por la normatividad.

—Ni madres, a mí me inscriben porque me inscriben.

Le enseñaron el reglamento y hasta le dieron una copia. Federico me mostró la hoja y leí el artículo 30 bis al que su dedo apuntaba, que decía claramente que la altura máxima de un gallo era de 70 centímetros. Federico gastó lo que le di en el flete de ida y pensaba comprar una camioneta después de ganar la pelea, pero así se quedó con el gallo y sin un centavo.

Se le ocurrió ir a donde tienen los animales monstruosos en exhibición y luego luego el dueño de un local aceptó darle el 20% de sus ventas. Federico se paró con el gallo en la mera entrada y la gente se empezó a acercar, a comprar boletos. Veían que era un gallo de verdad y pagaban por ver a los demás animales, que eran pura farsa. Iba bien el negocio, como cuarenta o cincuenta personas en media hora, pero el gallo tenía hambre y pas, que a la pasada le arranca la pierna a un bebé.

—No chingues —le dije—. Eso hubiera salido en las noticias.

—Claro que no —contestó Federico—. ¿No ves que si ponen algo así no va nadie a la feria? El dueño del local me dijo que me fuera y que me llevara a mi gallo. Y ahí vengo yo a media noche hasta llegar a mi casa. Tuve que tirar al gallo en el cerro porque no me quedó ni un centavo para darle de comer. Tampoco quería seguir escuchando sus gritos todas las madrugadas.

Ni ánimo tuve para decirle que era cacaraqueo. Le dije “ahí nos vemos” sin chocarla.

Desde que Griselda se dio cuenta que no estaba su colección de monedas ha estado llorando bajito para que no la regañen. Me duele de verdad porque mi intención no era dejarla sin nada, lo hice por su bien.

—No llores, Gris —le dije con cariño—. Luego te compraré otras monedas. Y ella sollozó, pero la verdad es que no tengo cómo comprárselas, fue una mentira para que se sintiera mejor.

Han pasado los meses y yo sigo en mi cuarto viendo la televisión por las tardes. Así mi papá no me ha dicho que me junto con puros vagos. Así la judicial, si es que vino, no me encontró. Aún nadie se da cuenta que la mitad de la hormona desapareció, pero yo de eso no sé nada. Poco a poco me he convencido que lo del gallo no era cierto, sin embargo, no tengo la seguridad. Es verdad que con el polvo hay resultados espectaculares, que los celulares se caen de las bolsas de atrás, que el reglamento establece una altura máxima y además, ayer en las noticias salieron los pedazos de un niño que encontraron por el cerro Huacuja. El comandante de la policía aseveró que lo habían matado los perros que hay por ahí, pero los defensores de animales dijeron que esas declaraciones son falsas, porque no había signos de mordidas con colmillos.

# AIRE

*“Heces caninas: un creciente,  
enigmático y fétido problema”  
Titular de la revista Proceso*

Samuel siempre le pareció un ángel. Cuando necesitaba dinero para una torta, él se lo prestaba; cuando se le hacía tarde en la oficina, él la acompañaba en taxi para que no se fuera sola y para que no pagara.

Era muy feo y muy viejo para ser un ángel, pero Josefina siempre lo consideró como tal. Quizá ella usaba ese calificativo sin detenerse a pensar si era el más adecuado, sin percibir el contraste entre los hermosos rostros infantiles de las pinturas que conocía sobre ángeles y la cara de Samuel.

Ella se asustó mucho cuando el director comenzó a gritarle delante de todos. Samuel le puso su mano en el hombro para tranquilizarla y ella la quitó con furia, le dijo: “ahorita no me molestes”. Josefina no le rebatía nada al director, sólo agachaba la cabeza y decía “sí, sí, claro que sí, no se preocupe”.

Cuando el director se fue, Samuel ya no estaba. Josefina pensó que quizá había salido por un refresco o algo, sentía pena por haberlo tratado mal, pero ¿a quién se le ocurre intervenir en un momento tan inapropiado? Ella nunca volvió a ver a Samuel.

Se acordó de él un día que no traía dinero para almorzar y también otro día en que salió tarde de la oficina y estaba muy oscuro. No lo extrañó gran cosa, porque a la oficina llegó un nuevo empleado para sustituir a Samuel, se llamaba Teodoro y era joven. Ella se enamoró enseguida de él y cambió, ahora llevaba comida de su casa para invitarle a Teodoro, que tenía un gran apetito y muy buen humor, aunque, en cuanto finalizaba el receso, se olvidaba de la existencia de Josefina.

Samuel seguía por ahí, ella no se daba cuenta, pero a la hora de entrada y cuando se iba de la oficina, él la cuidaba. Después del trabajo, ella salía detrás de Teodoro las veces que podía, no muy cerca para que no fuera tan obvio. En cuanto llegaba a la banqueta se quedaba parada, la invadía un sentimiento de ser estúpida, pero su rostro no era capaz de ocultar el amor y sus ojos brillaban como si adentro tuvieran una pequeña noche estrellada. Esa imagen derretía el corazón de Samuel, porque pensaba que ella se acordaba de él y quería decirle “Aquí estoy, mi Jose” pero nunca se animó.

El mejor día de su vida había sido cuando ella le dijo: “Samuel, usted es un ángel”. Se lo había ganado a pulso después de mil atenciones para ella, no gastaba casi nada en él para poderla complacer, varias veces pagó el taxi para llevarla a su casa y de ahí se iba a pie a la suya y en la mayoría de esas ocasiones pisó caca sin querer, porque por el departamento de Josefina había un número inusual de perros.

Cuando él se quedó sin empleo, tuvo que vender uno por uno los objetos de valor para continuar su labor de ángel. Enflacó mucho y se le notaba más su joroba. Los fines de semana hacía guardia en un parque que estaba frente al edificio en donde ella vivía, se sentaba en una banca y fingía leer algún periódico para ocultarse.

Ya era una actividad cotidiana limpiar la caca de los zapatos por las noches de los fines de semana. Las primeras veces, después de quitar los residuos con un trapo, lo tiraba a la basura, pero luego, cuando nada más le quedó un trapo, lo tuvo que lavar, no podía gastar ni cincuenta centavos en lo que no fuera para Josefina. Tallaba una y otra vez el trapo y luego lo exprimía, mientras imaginaba siempre el mismo diálogo: “¿Qué le pasó en su espalda?” le preguntaba Josefina y él le explicaba “son las alas que me van a salir para cuidarla a usted”, su mente se quedaba algunos segundos en silencio y luego reafirmaba: “para usted” y en el rostro le brotaba una sonrisa.

Todo siguió igual hasta que comenzó el otoño. La noche anterior se resfrió por lavar el trapo. No pudo dormir bien porque la tos no lo dejó en paz ni un momento. Cuando se despertó era muy tarde para llegar a pie al trabajo de Josefina, buscó alguna moneda para el camión y no encontró ninguna, tampoco había nada que vender. Se sentó en el piso a jalarse los pocos cabellos que le quedaban, no era capaz de contener su llanto, quería golpear esa maldita tos que no lo dejaba ni pensar, pero se empezó a ahogar y tuvo que tomar un poco de agua para tranquilizarse.

Comenzó a caminar hacia el departamento de Josefina, sin saber bien para qué. Cada vez que tosía la espalda se le rasgaba, era un dolor intenso, como si le cortaran la piel con un cuchillo. Se tapaba la boca con las manos, pero de repente presintió algo y observó sus palmas, estaban llenas de gotitas de sangre.

Al llegar al edificio subió al techo, desde ahí apenas se veía la banqueta, porque había un árbol muy frondoso. No tenía dinero para comer, ni para medicinas. Si se moría en su casa, Josefina nunca sabría que él siempre estuvo a su lado. Quería dejar la vida ahí, por donde pasaba Josefina a diario, para que ella supiera de su amor.

Debía esperar hasta la tarde, después de la hora de la salida, porque si se tiraba muy temprano se lo llevarían los del Ministerio Público y ella no se iba a dar cuenta. A pesar de que el viento era helado, el sol quemaba y no había nubes. La fiebre era tan alta que en su mente se mezclaban los momentos reales con fragmentos de sueño. La tos y el dolor en la espalda eran constantes.

Se acercó a la orilla del techo arrastrándose con los antebrazos para verificar que no viniera Josefina. Con el temblor, la joroba y sus piernas tan delgadas, parecía una ninfa de libélula a la que están a punto de brotarle las alas.

Una mujer apareció en la calle y él, al confundirla con Josefina, se lanzó al vacío. Su cuerpo se rompió en una rama gruesa del árbol y cientos de hojas cayeron en la calle. Cuando horas después llegó Josefina vio con agrado la alfombra amarilla que cubría los excrementos. Volteó hacia arriba para agradecerle al árbol y sonrió. Se acordó que Teodoro le había dicho “qué rico cocinas” y se sintió feliz.

El cuerpo de Samuel no se ve por ninguna parte, quizá rebotó en la rama, cayó sobre ese techo saliente y quedó sepultado en las hojas que ahí se acumulan. El olor del cuerpo en descomposición tampoco permitirá encontrarlo, por esa calle el único aroma que se distingue es el de caca de perro.